

Eduardo Fernández Rivas

**Reflexiones en torno al
Cagliostro descrito por
Alejandro Dumas (padre) en
su novela “La Condesa de
Charny” y su relación con la
caída de la monarquía
francesa durante
la revolución de 1789**

Editado por
e-libro.net
para su sección Libros gratis
Diciembre, 2001

I

Alessandro, conde de Cagliostro, personaje inquietante y enigmático, fue tratado de muy diferentes y contradictorias maneras, según los intereses políticos, religiosos o monárquicos, de los autores y biógrafos que se han ocupado de la vida y “milagros” de este italiano insular, natural de Palermo (1743-95). Su nombre verdadero era Giuseppe Balsamó. Tildado por algunos de embaucador, embustero y aventurero sin escrúpulos. La iglesia todavía va más allá, le llama criminal y demoníaco intrigante, le excomulga y persigue en la sombra. En 1789 se traslada a Roma, habiendo sido desterrado de Francia, acusado de cómplice directo en el asunto del “Collar de la Reina”. Roma, lejos de París, es la trampa, allí es detenido por la Inquisición, condenado a muerte por masón, y conmutada la pena por la de cadena perpetua, fallece en la cárcel. Su esposa Lorenza Feliciani es enviada a un convento. Otros autores, sin embargo, le consideran, entre otras cosas, como uno de los pilares en los que se sostuvo y desarrolló **la Revolución Francesa**, e inspirador de la **REPÚBLICA**.

Los vientos de libertad soplaban desde América. Las colonias inglesas de aquellas tierras, unidas se revelan contra la metrópoli consiguiendo la deseada independencia del tirano y explotador monarca inglés.

La Declaración de Independencia, la redacción de la **“CARTA MAGNA”**. La constitución de Los Estados Unidos de América, plena de libertades y de igualdad entre los hombres, inflamó, no solo los corazones de los franceses de bien, sino los de muchos otros ciudadanos europeos, hartos de las injusticias cometidas durante siglos por los gobiernos monárquicos. Ya en Francia, dada la situación política desastrosa, se reclamaba algo similar a una declaración de los derechos humanos. Lafayette, el general que había sido enviado en apoyo de los insurrectos americanos, sin duda, a su regreso de América trae consigo la semilla de la revolución.

La hambruna e injusticias sociales, cometidas por la soberbia clase dirigente, la aristocracia y la monarquía, quienes desde muchos años atrás venían saqueando el país, sometiendo a los hasta entonces súbditos, a una situación lamentable. No había duda de que ello habría de ser el detonante que andando algunos años, y en el luminoso momento de la Ilustración, la Enciclopedia, con autores como Rousseau, Diderot y tantos otros, desembocaría en la **REVOLUCIÓN DE 1789**.

El Masón Cagliostro, nuestro hombre, tuvo, según Alejandro Dumas, (en su novela “La Condesa de Charny”), mucho que ver en la caída de los monarcas y en la “movida” revolucionaria francesa, extendida práctica-

mente a toda Europa. Las monarquías temblaron hasta sus cimientos, las que lograron mantenerse ya nunca más fueron iguales a sí mismas. Casi todos los países elaboraron una constitución. La nuestra, **“LA PEPA, DE 1812”** tuvo muy mala suerte. Aquel desgraciado absolutista, “El Deseado” mala chispa lo confunda, Fernando VII, se la cargó. De todas formas, las monarquías, desde entonces, perdieron una buena parte de sus privilegios. Aunque hoy algunos de los monarcas, cercanos a nosotros tienden, de alguna manera, muy subliminal, pero efectiva, a desempolvar su rancio y peligroso absolutismo, y sus privilegios. La mayoría de la sociedad vive ingenuamente ignorante de ello. Si en verdad, estos reyes que dicen ser tan democráticos quisiesen serlo, que lo demuestren, la única manera creíble y sincera de ello sería el que ellos mismos se despojasen de todos sus títulos y prerrogativas, renunciando a todo ese mundo pasado, anacrónico, y se decidiesen a trabajar como cualquier ciudadano, según sus posibilidades y aptitudes. Con ese gesto nos convencerían de su democrático pensar y de su creencia en la igualdad de los hombres. Al no hacerlo dejan bien patente su contumaz comportamiento en cuanto a creerse superiores al resto de los mortales. Según estas premisas y su conclusión, no existen los monarcas democráticos, sencillamente se pliegan a los tiempos que corren, prefiriendo ejercer la monarquía, aunque esta sea descafeinada, esperando mejores momentos para recuperar aquellos privilegios que sienten suyos por la gracia divina.

Nunca las sociedades libres deben bajar bandera ante las monarquías, estas por la naturaleza de sus principios tienden siempre a lo suyo, que ya todos sabemos lo que es. Además, después de que hombres tan valiosos dieran su vida por lograr las libertades, aunque solo sea por ello, no debiéramos manchar su memoria al permitir que esa clase aristocrática formada de inútiles parásitos, vuelvan a imponerse sobre los principios de las libertades. Si permitimos esto, no somos dignos de llamarnos defensores del más grande de los derechos de todo ser vivo **¡LA LIBERTAD!** Giuseppe Balsamó, siempre en palabras de Alejandro Dumas, fue uno de los abanderados de esas libertades, ciertamente que con la anuencia y directa colaboración de personas, que aunque poderosas y ricas algunas, no les impedía ser defensoras de la igualdad entre los hombres, y también, quizás motivadas, algunas de ellas, por oscuros intereses. Obtuvo también el apoyo de intelectuales y hombres de valía, quienes apoyándose entre sí, lograron uno de los hechos sociales más importantes de la historia de la humanidad. Como quiera que sea, Alejandro Dumas pone en boca de Cagliostro la intención clara de que está en París con el fin de desbaratar la monarquía, y después de una inevitable revolución, instaurar la república.

II

Alejandro Dumas en su novela “La Condesa de Charny” convierte a este personaje en uno de los más importantes baluartes, al menos de la caída de Luis XVI y de la reina M^a Antonietta. El desarrollo de esta obra, realmente interesante, en mi opinión para cualquier lector, no solo por la brillantez y excepcional documentación, desplegada en toda la obra, acerca de los hechos ocurridos antes, durante y después de la revolución, si no también por el retrato tan vívido con que el autor perfila a este hombre, adornándolo de un ingenio y talento delirante y críptico. Me imagino que Alejandro Dumas, que aunque novelista, hace un despliegue histórico brillante, y en el caso de la descripción y hechos que él atribuye a Balsamó estarán sostenidos por toda la información privilegiada que, quizás la masonería le habría puesto en sus manos. La grandeza con que el autor de “La Condesa de Charny” trata al conde de Cagliostro deja bien a las claras que el autor, nacido en Villiers Cotteret, sé autorretrata en este personaje cuyos hechos, al menos en la novela, son de un ideario masónico sin paliativos. Nos recuerda de manera más

que abundante la bandera de la libertad, enarbolando las tres palabras que formaron un anagrama, más tarde descifrado y cantado públicamente: **“L.E.F.”, LIBERTÉ, EGALITÉ, FRATERNITÉ.**

Nuestro misterioso personaje después de haber recorrido las grandes capitales europeas, me imagino que con embajadas secretas, y estas, con un fin muy concreto, y peligroso para su vida, en aquella época de monarquías relajadas en el lujo más ofensivo y en la corrupción generalizada. Grandes países eran gobernados por favoritos, “Mazarinos y Richelieus”, y prostitutas, amantes de reyes y reinas, la Marquesa de Pompadour, prostituta e hija de prostituta, (yo nada tengo contra las prostitutas, pero cada uno en su sitio, Aspasia era también cortesana y, todo hay que decirlo sirvió a Pericles de gran ayuda, pero también lo fue Tais y según la historia del Gran Alejandro le sugirió a este el incendio de Persépolis) sírvanos de ejemplo de esta situación Madame Pompadour. Con estas premisas no es de extrañar que los pueblos se levanten contra sus monarcas. Esta clase de mensaje llevado por nuestro hombre, en mi opinión, debió de haber sido la embajada que canalizó a través de toda Europa introduciendo el mensaje de la libertad, igualdad y fraternidad, allí donde era oportuno, e insistiendo en donde hubiese problemas, hasta conseguir instalar la semilla de la libertad.

Cagliostro viajó asimismo por Persia, Turquía y Arabia, donde se le dio tratamiento principesco. Con todo este bagaje de conocimientos que proporcionan los viajes, sobre todo a las personas de talento, no le sería

difícil relacionarse en París con lo mejor de la sociedad, la aristocracia, yo me imagino que adoptando el rol de infiltrado, con el fin único de atacar y horadar desde dentro a este corrupto sistema clasista. El corazón putrefacto de aquel atajo de sinvergüenzas que formaban la espantosa tarta de nata y fresa podrida, generadora de aquella salmonela revolucionaria que se los llevó, que era la corte de Versalles, y que siempre es toda monarquía, al cobijo de la cual medran los mayores sistemas de corrupción y clasismo. Esas gentes que desprecian por principio al resto del género humano.

Después de leer la novela me inclino a pensar, como ya antes dije que Giuseppe Balsamó fue encargado por la masonería de ayudar de manera directa al descalabro y defenestración de los Capetos y su extensa y odiosa red aristocrática.

Balsamó, a través de toda la obra, maneja una fortuna tan inmensa que a la manera del tesoro de un Conde de Montecristo, jamás se agotaba. La utilizaba a manos llenas allí donde era útil para la causa, de lo cual se deduce, no siendo él persona de fortuna reconocida, que importantes personajes de Europa, y aún de oriente, afectos a la causa de las libertades, o por las razones que fuesen, en algunos casos, pusieran en sus manos aquellas cantidades de dinero, necesarias para los fines filantrópicos que perseguía la hermandad masonónica.

Gozó, según la novela de Dumas padre, de los favores de Luis XVI en los últimos días de la monarquía, aparentando intentos vehementes de favorecer al rey y

al sistema monárquico, aunque a quien parece que nunca engañó fue a la altiva y déspota M^a Antonietta, aquella que a menudo se jactaba de ser la hija de M^a Teresa de Austria, con el fin de humillar a los franceses, tanto a los de a pie como a los que circulaban en carroza, y aún a los babosos aristócratas que como sabandijas poblaban Versalles. Aquella corte gobernada por bandidos, putas, alcahuetes, padres que traficaban con el honor de sus hijas con el fin de conseguir un nombramiento, no podía terminar bien. En la cúspide de la pirámide, elevada con la peor basura de la humanidad, se sentaba el gordo culo del Capeto cerrajero.

Con este paisaje triste y degradante, no cabría esperar nada bueno. Para nada respondía a las bucólicas representaciones de pastorcillos y pastorcillas galantes que encandilaban a la majadera reina, quien se pasaba la vida jugando en los complejos versallescicos destinados a este fin, y que ella misma había diseñado para su solaz y desvergüenza: molinos de agua, estanques, saltos hídricos, hadas, brujas, ¡y la madre que la parió!, y como punto fuerte la representación de Reinaldo y Armida (“La Jerusalén Libertada” de Torcuato Tasso) o la Silvia seguida por el lobo (“Aminta” poema pastoril también de Tasso), en fin, amores pastoriles en una Arcadia feliz ¡Y el pueblo muriéndose de hambre! ¡Hay que tener un bazo que vaya por dios, otro que bien baila es ese dios!

En este putrefacto y corrompido caldo de cultivo le salió a la reina “Antoñita la Fantástica”, y al “cerrajero coronado” el forúnculo de la revolución, en el cual a la

vista y lectura de “La Condesa de Charny” de nuestro Alejandro Dumas, Cagliostro tuvo mucho que ver. No debemos olvidar también, que este personaje, las pocas veces que en España, silenciado durante la dictadura franquista, quien había declarado la persecución y muerte de los masones, adornada la dictadura criminal, cosa contra natura, de palio y concordato, pudo salir su nombre, fue siempre aureolado con los peores epítetos, embaucador, mago, embustero, adivino, nigromante, vidente, con las connotaciones de la época del dictador y de una iglesia tridentina, y más, de ladrón, y bandido sin escrúpulos. Es verdad que también el autor, en esta obra, nos presenta a un Cagliostro cargado de un componente mágico, con un cierto poder de bilocación, dotado de videncia, y de una edad bíblica. Elementos necesarios para componer un personaje atractivo a sus lectores, haciendo por ello una creación cuasi legendaria del personaje. El lector inteligente sabrá, sin duda, despojarle de toda esa aureola y quedarse con lo esencial.

III

La iglesia, persiguiendo siempre a todo aquello que cree le hace sombra, no puede tolerar nada, pero menos que nada, lo que considera competencia. Quiere ser ella sola, no dejar comer a nadie, con sus garras lo roba y secuestra todo, se apodera de lo que considera por gracia divina, su botín, y de manera violenta si es necesario, a la manera de una urraca ladrona, después sus ministros se encargarán de repartir migajas, como si fuesen dones divinos para que le deban favores, ¡institución hipócrita y diabólica! Los gobiernos de derechas, al menos en nuestro país, obran de la misma manera, ya sean estos de ámbito local, autonómico o estatal.

No debemos olvidar que Giuseppe Balsamó, en 1785 fundó en París una logia masónica y que en 1786 fue encarcelado en La Bastilla, por haber sido imputado en el asunto, ya anteriormente comentado, del “Collar de la Reina”. De ello se desprende que en algo andaba nuestro hombre metido en cuanto a enturbiar la reputación de la corona en general, y de la alemana en particular. Confinado ya en La Bastilla, en el año mismo de la Revolución 1789 es condenado al destierro. En

París, aún estando encarcelado en La Bastilla, suponía un peligro para la corona borbónica, por ello se le despacha al destierro, había que alejarlo, en Roma, a donde se traslada es apresado por la Inquisición. No se atrevieron a ejecutarle en París y de manera artera le preparan la trampa en la ciudad eterna, donde tampoco le ejecutan, pero le condenan a cadena perpetua, falleció en la cárcel, ¿muerte natural o asesinato encubierto tras los muros de la prisión? Evidentemente me inclino a pensar que fue esto último lo que aconteció con Cagliostro.

Dos cobardes instituciones, siempre asociadas, la monarquía y la iglesia, por la importancia y relaciones poderosas del personaje, no se atrevieron a dar el paso de ajusticiarle, no había, en mi opinión causa para ello, sí la había para ellos. La hipocresía y el cinismo de esas dos malvadas y perversas instituciones, subrepticamente consiguen casi siempre sus fines, al menos en los primeros momentos. En la oscuridad insana de una mazmorra maloliente plagada de miasmas fallece uno de los adalides de las libertades, Giuseppe Balsamó, quien se hizo llamar Conde de Cagliostro. Sin un título aristocrático, parece que falso, aunque eficaz, jamás, en aquellos tiempos podría relacionarse con la crema, podrida por supuesto, de una sociedad cargada de privilegios, la monarquía francesa.

En Versalles estaba el punto de mira de los ataques de la masonería más grande y brillante. Es este, el “**Affaire Cagliostro**”, un hecho que nos ha sido sustraído de manera deliberada, desprestigiado y desacreditado

por la iglesia y la monarquía, su nombre y su fama nos ha llegado de una manera totalmente manipulada y en detrimento de la verdad.

Fue esta novela de Alejandro Dumas la que ha puesto delante de mis narices estas evidencias que quiero participar a todos aquellos que gusten de conocerlas. Yo, hace ya once o doce años que tuve el afortunado acceso, casual, a esta obra en formato televisivo, una serie muy bien cuidada, de varios capítulos, realizada por la televisión francesa, **TF1**, (1989)

Aquí, en nuestro país, durante el gobierno socialista se pudo emitir esta serie, esclarecedora de los vicios y corrupción generalizados en la corte de la monarquía, hasta entonces más representativa de Europa. Pero esta serie que sin duda despierta conciencias al poner de manifiesto el “lumpen” y bandidaje disfrazado de un perpetuo carnaval de sedas, puntillas, brocados, encajes, perlas, oro y otras lindezas, no fue emitido en horas de audiencia mayoritaria. De manera deliberada y ratera se sacó a la luz durante la intempestiva franja horaria que va de la una a las dos de la madrugada, hora en que la mayoría de los españoles está descansando con el fin de reponer sus fuerzas para el trabajo del día siguiente.

En verdad que si esta serie lograra ser emitida en horas de audiencia mayoritaria se despertaría, indudablemente, una reacción antimonárquica en cadena. Allí están expuestos, eso sí, con toda la “rocaille” y pompa ornamentales, necesarias para ambientar los esplendores regios y decadentes de un grupo privilegiado hasta

el delirio. Todos los delitos de que hacían gala los monarcas y sus satélites están en esta obra presentes.

Los posteriores intentos de restauración de la monarquía en Francia, durante el siglo XIX no tuvieron éxito, la perversa institución quedó herida de muerte en el país vecino, después de los hechos acaecidos desde el virulento temporal de la revolución. Una de las naciones que había sido monárquica por antonomasia se convierte, no sin convulsiones políticas, durante casi todo el siglo XIX, en república.

Yo desde aquí pido la reposición de la serie, pero en horas más adecuadas para la formación e información de nuestra pacata sociedad. Por un lado la cuidada puesta en escena resulta de una ambientación y estética más que correcta, y por otro, como ya dije nos pone de manifiesto toda la desvergüenza de aquel carnavalesco, empolvado y pintarrajeado grupo de inútiles sanguijuelas, viviendo y holgando como cerditos orondos y rosados, adornados de pelucas y encajes, en una isla paradisíaca, Versalles, una especie de ciudad prohibida al resto de los mortales, viviendo totalmente indiferente a los gravísimos problemas que padecía la huérfana y sufrida ciudadanía francesa.

Una de las interesantes frases que el autor pone en boca de Balsamó es la siguiente: **“AL HOMBRE LE HA SIDO DADA LA PALABRA PARA ESCONDER SUS SENTIMIENTOS”** En los reyes, y en la mayoría de los políticos de antes y ahora, esto es un hecho.

P.D. No podía rematar estas páginas sin hacer una alusión a la precaria situación que está viviendo un país hermano, Argentina.

En los días previos a la Revolución Francesa, los graves problemas en la hacienda pública, que se intentaron solucionar de manera desesperada con banqueros ministrables, Nécker y Calonne, ministros de finanzas, no dieron resultado. El conde de Mirabeau, llamado por el monarca, en contra de la opinión de la reina, intentó por todos los medios combinar los principios de la monarquía y de la revolución, con la intención de evitar la caída del sistema, nada de ello fue posible, a la alemana se le achaca gran parte de la culpa de aquel fracaso, debido, como siempre, a sus ideas absolutistas de una monarquía de origen divino. Las revueltas y amotinamientos en toda Francia, pero sobre todo en París, son casi un espejo, no tan lejano, de lo que está sucediendo en Argentina, las causas son muy similares, y concretamente en Buenos Aires. El saqueo del país por parte de los políticos y militares es patente. Son hechos que suelen anunciar una revolución a gran escala, y que desgraciadamente acostumbra a dispararse más allá de las fronteras del país emisor.

Deseo que esta especie de pronóstico no se llegue a cumplir, no quisiera ser profeta de la desgracia.

**EDUARDO FERNÁNDEZ RIVAS
FIUNCHEDO 29-12-2001**